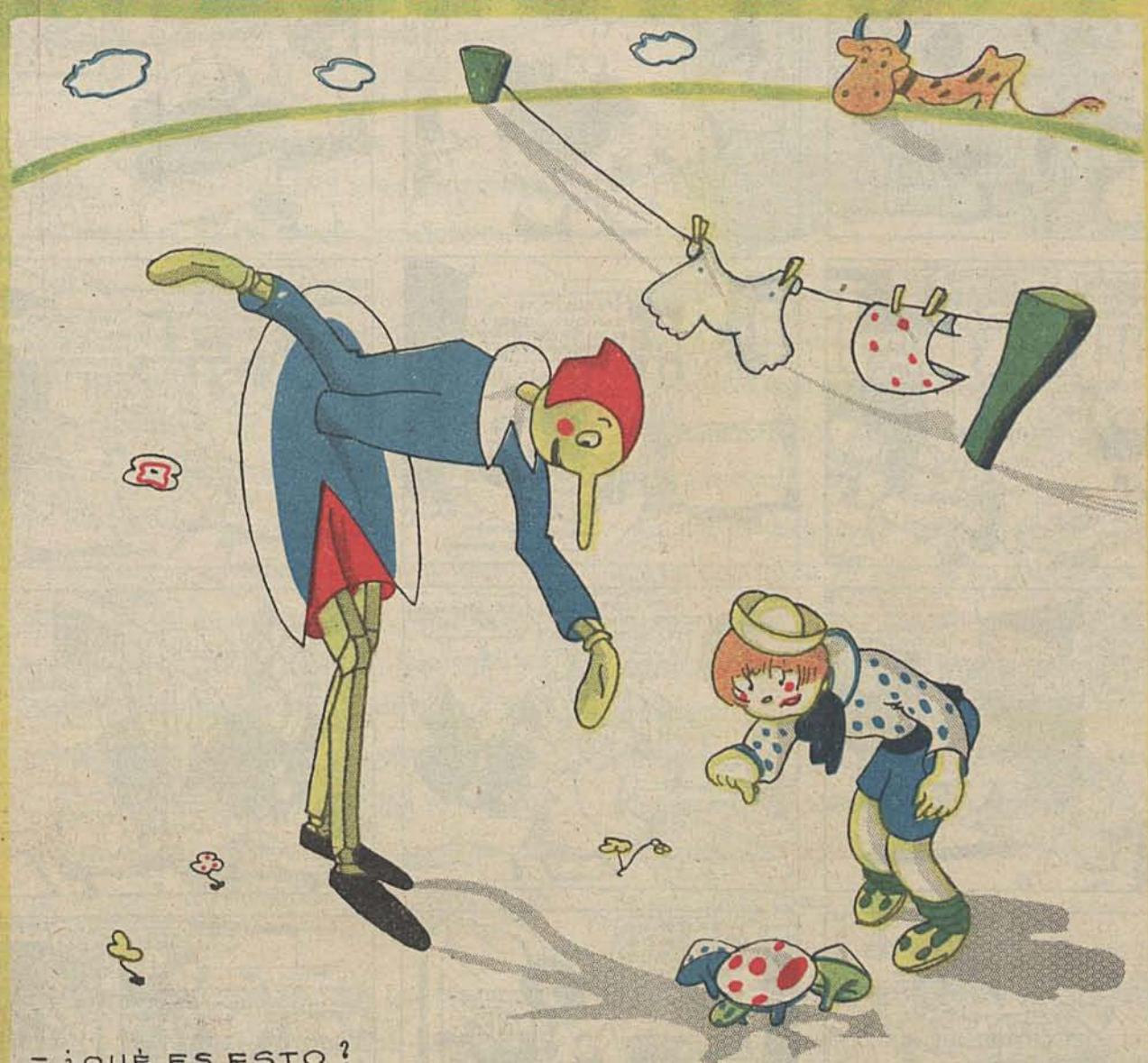


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 340

25 cts

23 AGOSTO
1931



- ¿QUÉ ES ESTO?
- SETAS, Y SE CRIAN DONDE HAY HUMEDAD!
- AH! ¡POR ESO TIENEN FORMA DE PARAGUAS!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL CORSARIO DEL RIO ROJO

P. r.
E. SALGARI



¡Sinkio! He aquí un nombre que en 1889 bastaba para hacer temblar a todos los pueblos que habitaban en las costas meridionales del Tonkín.

Se contaban cosas terribles del personaje que tenía este nombre tan siniestro, pues había de saber que Sinkio era famoso a causa de ser el corsario más terrible que dominaba en el delta del Río Rojo.

Precisamente en aquella época a mi llegada a Saigón, capital de la Cochinchina francesa tuve ocasión de oír hablar de él no solo entre los marineros que frecuentaban aquel puerto sino también de las autoridades francesas.

Curioso como siempre, realicé en seguida diversas informaciones acerca de aquel hombre que en aquel año dominaba por el terror en los mares del Tonkín.

No obtuve sin embargo más que respuestas vagas—. Es un pirata formidable—me decían algunos mirando recelosos a su alrededor como si temiesen que alguien les oyera—. Y un gran

verdugo—, me respondió otro temblando. Ya no logré saber más.

Cualquiera diría que todos ellos tenían temor de pronunciar una palabra más sobre aquel hombre terrible.

Un día, después de un festín espléndido con que fui convidado en casa de un mandarin a quien habíamos llevado una gran partida de sal embarcada en Cantón a su cuenta, recayó la conversación en Sinkio y aproveché la ocasión para pedir a mi huésped toda clase de detalles e informaciones referentes a este corsario.

La contestación que me dió fué tan inesperada que quedé como petrificado.

—¿Tenéis gusto en conocerle?

Antes de contestar permanecí dudoso unos instantes. Si mi curiosidad era muy grande la prudencia era también suficiente y sombreada quizá por cierto temor.

¿No se le ocurriría a aquel corsario tan temido de todos hacerme prisionero a fin de exigir luego rescate por mi persona?

El mandarín que me miraba sonriendo adivinó quizá mis temores pues se apresuró a decirme:

—¡Ah, no temáis! ¡Vos no sois un chino para atraeros el odio de Sinkio!

—¿Es que quizá no es ese hombre tan terrible como dicen?

—Sí, es terrible, pero solamente contra los chinos.

—¿Por qué razón?

—Venga a buscarme esta noche y os lo contaré todo; y si además lo deseáis así iremos a buscar a Sinkio.

—Pero ¿dónde está ese hombre?

—Más cerca de lo que pensáis.

—¿Y no le cogen preso?

El mandarín sonrió con aire misterioso.

—¿Por qué cogerlo?—me dijo después—no hace daño ninguno a la colonia francesa.

Entonces me despidió diciéndome:

—¡Hasta la noche!

Esperé impaciente que se pusiera el sol y el corazón me palpitaba con rara aprensión por la visita que me proponía hacer el mandarín.

Apenas se hizo de noche por completo vi llegar a un criado del mandarín que me acompañó hasta el muelle donde me esperaba una de aquellas grandes barcas recargadas de adornos y tallas doradas que en el país reciben el nombre de *sampong*.

El mandarín me esperaba bajo la toldilla que se encuentra en la parte central de esas hermosas barcas sostenida por columnas doradas con tiendas de seda azul y cojines de terciopelo carmesí.

—¿Queréis que partamos ya?—me preguntó el mandarín—. Voy a haceros presenciar un espectáculo terrible pues esta noche Sinkio vencerá a su rival.

—¿Habrá entonces un combate?

—Y furioso, pues Tokio, sabiendo que está cercado, ha hecho un llamamiento entre todos sus partidarios y han armado sus barcos.

—¿Quién es ese Tokio?—pregunté.

—El enemigo de Sinkio.

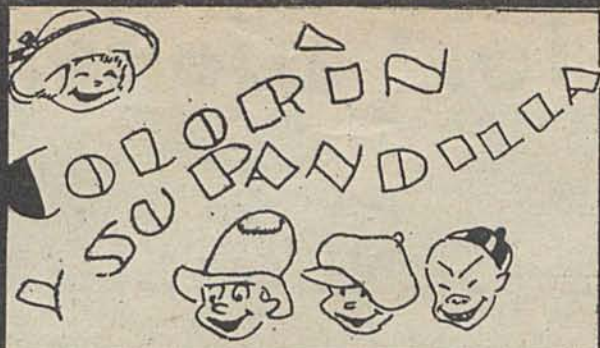
—Ya sé algo más que antes, aunque todavía me encuentro bastante a oscuras en todo este asunto.

El mandarín en vez de contestarme me ofreció un cigarrillo de forma cónica muy perfumado, se tendió sobre los cojines de terciopelo invitándome a imitarle y en seguida dió la orden de salir.

El *sampong* al impulso de doce remos vigorosamente manejados surcaba las turbias aguas del Mei-King pasando ante las numerosas naves ancladas en el puerto y entró en el mar a toda velocidad doblando luego hacia la costa oriental.

Una calma profunda reinaba fuera del puerto y del río. El mar, terso como un espejo, reflejaba vagamente los rayos de la luna.

(Continuará en el próximo número.)



DON KATITE



La isla de los monos

por E. Salgari

(Continuación)

y me parecía que estaban oprimidos por la más violenta desesperación.

También todos los demás monos daban señales de honda conmoción.

Asombrado por aquel extraño caso me detuve.

¿Qué querían aquellos monos? ¿Acaso impedir que me alimentase?

Me abrí paso repeliendo brutalmente a los mandriles sin que aquéllos osaran rebelarse, y, no obstante sus

gritos me metí en la playa para coger ostras y pequeños crustáceos.

Entonces asistí a un espectáculo curioso.

Todos aquellos monos, como si acabasen de recibir una orden, se dispersaron por la playa y comenzaron a coger cangrejos, ostras y mariscos en abundancia.

Al cabo de los diez minutos había alrededor de mi verdaderos montones de crustáceos suficientes para alimentar a centenares de hombres.

Los cuadrumanos acudían a mí con la pesca hecha y amenazaban sepultarme entre aquella avalancha de frutos del mar.

Comí de todo hasta hartarme y después fui a darme un paseo por el bosque con la esperanza de poder cazar alguna pieza. Mas todo fué tiempo perdido. Los monos me habían seguido correteando por entre las plantas y tuve que renunciar a comer carne asada. Los jabalíes, los venados y las liebres al ver avanzar contra ellos tal legión de monos huían mucho antes de que yo pudiera divisarlos.

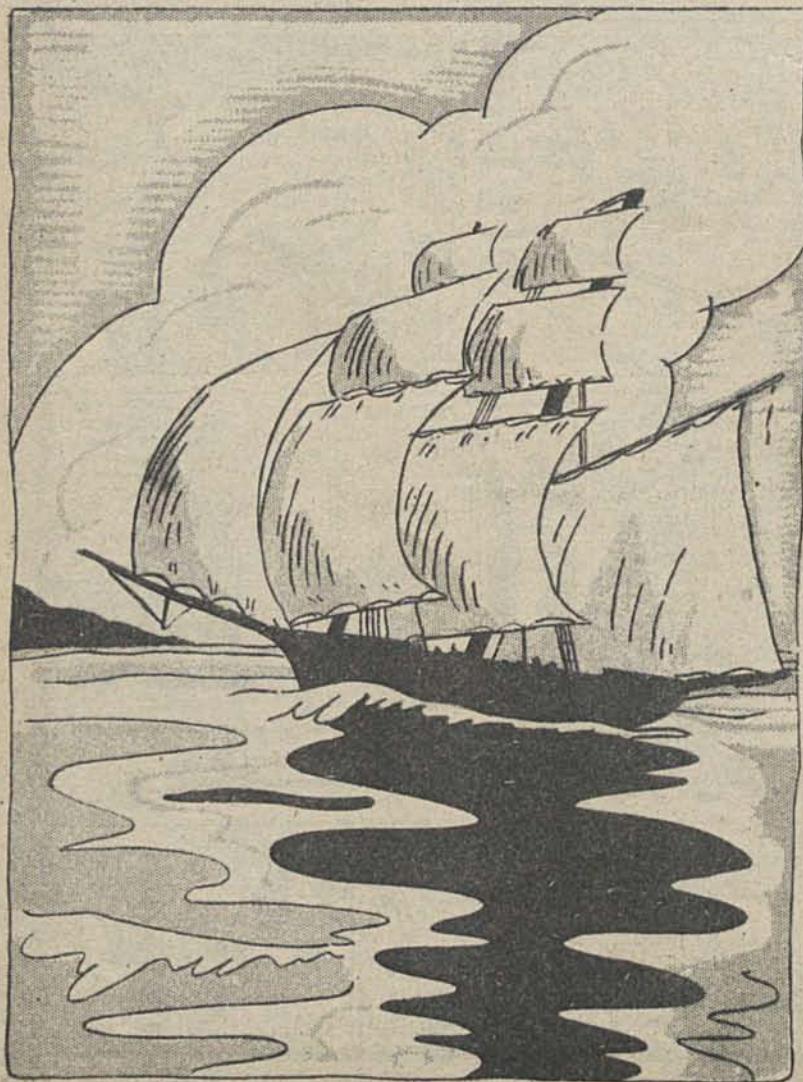
Era pues de toda necesidad escapar de entre ellos para no verme de continuo perseguido por semejante turbamulta.

No me faltaba la madera y además había conservado las cuerdas que utilicé para construir la balsa. Hacer la segunda no era, pues, difícil. Comencé primero por demoler la cabaña que me proporcionaría la madera necesaria sin tener que recurrir a la verde del bosque.

Al ver los monos que yo destruía mi vivienda comenzaron a hacer igual con las suyas acumulando los troncos, ramas y espinos junto a la playa.

Cuatro horas tardé en reconstruir mi balsa con sus velas y el mástil correspondiente.

Los cuadrumanos no cesaron de imitarme. Se hallaron, sin embargo, bastante embarazados en sus tareas, pues carecían de materiales





de construcción aptos para tal empleo. Y ¿queréis creerlo? Al fin lograron hacer algunas balsas con mástiles de bambú, arrancados del bosque, cuyas velas eran simples hojas de bananos. ¡Vaya balsas, amiguitos! no flotarían ni un instante con toda seguridad.

Cuando comencé a arrastrar la mía hacia el mar, después de haberla provisto de frutas, ostras, cangrejos y agua dulce, los monos se creyeron obligados a obrar de igual manera.

Aquello fué un verdadero desastre. Apenas puestos en el agua y con gran estupor de mis súbditos, sus balsas se descompusieron y se fueron a pique.

¡Qué escenal ¡Qué gritos y qué llantos estallaron cuando vieron que mi balsa escapaba alejándose velozmente a impulsos de las ráfagas de una ventolina favorable!

Los pobres monos eran víctimas de una violenta desesperación. Me llamaban con frecuentes gritos moviendo mucho hacia mi los brazos, corriendo a lo largo de la playa y suplicándome, a su modo, que tornara a tierra.

Permanecí sordo a sus ruegos y dejé que la balsa siguiera libre su rumbo. Tres horas después desaparecía de mi vista la Isla de los monos.

Durante cuatro días me dejé arrastrar por la brisa hacia el oeste con la esperanza de tropezar al fin con alguna tierra. Pero ninguna aparecía ante mis ojos ansiosos.

Al quinto día de viaje se me terminaron las provisiones. El miedo comenzó a asaltarme y tuve hasta la debilidad de recordar con cariño la Isla de los monos.

Cuando quise tomar hacia el oriente había cesado el viento y una obstinada calma reinaba en el Océano.

¿Cuántos días transcurrieron así? Yo no puedo decirlo.

Recuerdo vagamente haber visto un gran buque de vapor cerca de mi balsa y después nada.

Supe más tarde que cuando fui recogido

y salvado en medio del mar estaba royendo ferozmente la suela de uno de mis zapatos y quizá sea verdad, pues yo me moría de hambre.

Maestre Pipone se calló. Llenó silencioso un vaso, encendió la pipa y después de haberme mirado durante algunos instantes, me dijo:

—Quizá le parezca extraño y sin embargo... qué quiere que le diga... Todavía muchas veces recuerdo con algo de nostalgia los días aquellos que viví en compañía de los pobres monos...

FIN





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



PARA HOY TIENE UN SERVIDOR UN PLAN BOMBA.

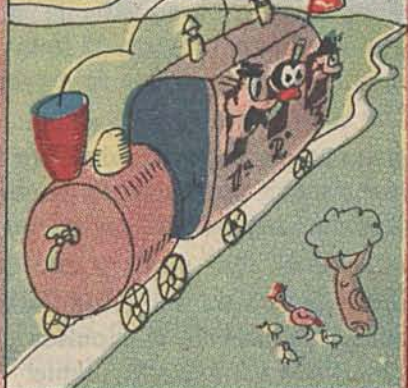
PUES COMO SI NO, PORQUE HOY VENDRÁ DON EPICETO PARA IRNOS A CAZAR AVESTRU-
CES



HAY QUE VER EL TALENTAZO QUE TIENE DON TURULATO. ¿CÓMO SABRÁ EL QUE HOY ES DÍA DE CAZAR AVESTRU-
CES?.... HAY COSAS EN ESTO DE LA SABIDURÍA QUE LE DEJAN A UNO HIPNÓTICO



A LAS SEIS EN PUNTO LLEGAREMOS AL DESIERTO Y A LAS SEIS Y DOS MINUTOS EN PUNTO CAZAREMOS EL PRIMER AVESTRUZ



FIJAOS QUÉ ESPANTOSA SOLEDAD LA DEL DESIERTO ¿VEIS AQUELLA PALME-
RA? PUES ESTÁ SOLA. ¿VEIS LAS OTRAS QUE ESTÁN AL LADO? PUES SOLAS TAM-
BIEN.

LO QUE HACE AQUÍ ES UN CALOR QUE PELA



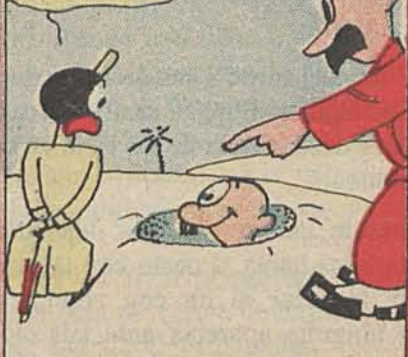
Y ESE HOY ¿PARA QUÉ ES? ¿PARA QUE SE META EL AVESTRUZ?

NO SEÑOR; AQUÍ SE METE-
RÁ DON EPICETITO

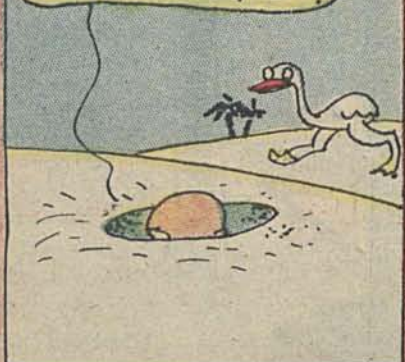


AHORA DON EPICETO BAJA LA CABA-
ZA, VIENE EL AVESTRUZ, SE CREE QUE ES UN HUEVO, SE SIENTA ENCIMA Y ENTONCES NOSOTROS LO CAZAMOS ¿ESTA CLARO?

CLARÍSIMO



¡YA VIENE EL AVESTRUZ!
¡OIGO SUS PASOS!
¡QUÉ EMOCIÓN!
¡EL CORAZÓN ME HACE POM, POM!



¡ANDA, CURRINCHE, QUE YA ES NUESTRO!



¡AY, MI ABUELITA!
¡BUENA LA HEMOS HECHO!





CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

EL PRINCIPE SAKIA

UNA vez había un Príncipe llamado Sakia, hijo del Emperador de la India. Sus riquezas y su poder eran tales, que sobrepujaban a cuanto pudiera imaginarse. Y, sin embargo, Sakia no era feliz. La profunda tristeza de su alma veíase retratada en su hermoso rostro, dejando adivinar su hondo sufrimiento.

Nadie sabía por qué el Príncipe estaba triste; pero todos lamentaban su pena, porque era muy bondadoso y jamás llegó a su noticia una desdicha que no fuera inmediatamente remediada. Era proverbial su talento, y la nación entera fundaba en su persona grandes esperanzas.

Una tarde el Príncipe salió por la puerta norte de su ciudad con ánimo de dar un paseo por el campo, cuando a poca distancia de la capital vió tendido en el suelo a un pobre paralítico.

Mandó detener su palanquín, y, bajándose con presteza, ayudó a poner en pie al desgraciado enfermo, que no sabía cómo agradecer aquella cariñosa solicitud. Le subió a su coche, y mandó que le condujesen a palacio para que allí los médicos le asistieran. Él regresó solo y a pie, meditando:

—¡Dios mío! ¿Qué vale la salud, que una enfermedad puede destruir en un momento y para siempre? ¿Podremos enorgullecernos de estar sanos, cuando un poco de frío, o un exceso de calor, o una digestión tardía puede ponernos enfermos?

Al día siguiente salió por la puerta sur, y un extraño espectáculo le sorprendió. Tendida en la cuneta del camino yacía una pobre mujer que acababa de morir de hambre, y a su lado dos niñas, hijas de la muerta, lloraban a un tiempo su miseria y la muerte de su madre.

Sakia mandó enterrar a la muerta y socorrer espléndidamente a las niñas, a quienes señaló una pensión y un puesto en su palacio. Esta vez sus reflexiones fueron aún más amargas.

—¡Dios mío!—exclamó—. ¿Qué vale la vida, si con

tanta facilidad se pierde? ¿De qué sirven las riquezas, el poder y los honores, si no pueden evitar la muerte? Cuando me llegue ese instante terrible, ¿de qué me servirán mis fieles guardias ni mis tesoros inagotables, si yo, que dispongo de tantas vidas, no podré defender la mía?

Sakia, lleno de pena, aquella mañana desapareció de su casa, abandonando las riquezas y el poder, en busca de la felicidad.

Apenas se hubo encontrado en pleno campo, se dispuso a interrogar a la Naturaleza, y acercándose a un hermoso castaño que balanceaba con orgullo sus frondosas ramas, le preguntó:

—Hermoso árbol, ¿puedes decir al Príncipe Sakia dónde se encuentra la felicidad?

El castaño se inclinó cortésmente y le dijo:

—Para mí la felicidad consiste en no tener pulmones que me chupen la savia, que llueva a tiempo para emparar mis hojas y mis raíces en el rocío del cielo. Sin embargo, creo que si pudiera, como tú, marchar de un punto a otro, sería aún más feliz.

Calló el castaño, y dejó caer, a modo de regalo, unos cuantos frutos sobre el Príncipe, que siguió su camino pensativo, después de anotar en su cartera aquella respuesta.

Unas plantas forrajeras que se encontró al paso le dijeron que la felicidad consistía en que se murieran de repente todos los carneros, cabras, caballos y todos los animales que de hierbas se alimentan.

—Es un aburrimiento—decían—que apenas llega una a desarrollarse, viene cualquier gahnápiro de esos y se la zampa de un bocado.

Más allá encontró un león que dejó de acechar su presa para conversar con el Príncipe.

—¿Me preguntas—dijo la fiera—en qué consiste la felicidad? Para mí consiste en merendarme tres o cuatro corderos diarios, que estén bien cebaditos y recién esquilados, para que la lana no me moleste al comerlos.

Tomó nota Sakia y siguió caminando hasta que





encontró un sesudo carnero, profesor de matemáticas, que a la pregunta del Príncipe contestó de esta manera:

—Yo sería feliz si hubiera pastos abundantes, nos dejaran libres y desaparecieran del mundo lobos y leones.

—Vea usted—dijo para sí Sakia—cómo no puede llover a gusto de todos.

Una hermosa mata de claveles pedía, para ser feliz, que el hombre no arrancara sus flores para convertirlas en adorno de su persona. La rosa se indignaba por lo mismo, y, además, porque después de arrancada de la planta se la sometía a operaciones químicas para extraer su delicado aroma.

—Es decir, que para halagar vuestro olfato con una gota de esencia priváis de la vida a millares de flores. Para ser felices nosotras tenéis que perecer vosotros, y, además, las abejas y mariposas, que nos quitan el dulce néctar de nuestras corolas.

—¡Qué cosa tan difícil es la felicidad—murmuró el Príncipe—, puesto que requiere, en la mayor parte de los casos, la destrucción de unos para que vivan otros! ¡Felicidad que se funda en las ruinas ajenas debe ser una dicha menguada y ruin!

Para el grillo consistía en que siempre fuera verano; para la araña, que cayeran en sus redes cientos de moscas; para éstas, que perecieran las arañas. Los peces de un estanque eran felices si mataban a los pescadores y a los peces gordos, que se comen a los chicos. Para las cigüeñas, ser felices equivalía a tener buen tiempo, un nido muy alto y víboras y serpientes en abundancia.

En una palabra, Sakia llegó a convencerse de que nadie era feliz en esta vida, ni entre las plantas ni entre los animales.

Recorrió después innumerables regiones para inter-

rogar al hombre de los países. El negro estaba descontento de su color y de sus narices; el amarillo, de sus oblicuos ojos; el bronceado, del hombre blanco, que le perseguía como a fiera; y éste, de su afán insaciable de nuevos progresos.

El Príncipe se entristeció aún más de lo que estaba al ver que nadie sobre la tierra podía darle las señas de la felicidad, y decidió

volver a su país, provisto de tan desconsoladoras enseñanzas.

Mas quiso su suerte que allá en los confines de Siria se encontrara la rústica cabaña de un monje cristiano. Acercóse el Príncipe, y viendo a aquel anciano venerable con el rostro consunto en fuerza de ayunos y cilicios, le preguntó si era feliz.

—¡Ya lo creo que lo soy!—exclamó el santo varón elevan-

do sus miradas al cielo—. Nada me falta, porque nada necesito, sino la piedad divina, que permite que pase mi existencia en este mundo para hacer méritos ante Dios y conquistar la verdadera dicha.

—¿Conque es usted feliz?—preguntó admirado Sakia—. Parece increíble que usted, que de todo carece, se tenga por dichoso, y yo, a quien todo sobra, me considere desdichado. ¿Cómo me explica usted eso?

—Joven—exclamó el solitario con dulce acento—, tú buscas la felicidad donde no existe; la buscas en la tierra, morada de lucha, que se nos ha dado para poner a prueba nuestra fe. No la busques aquí; eleva tu alma al cielo, y allí encontrarás satisfecho ese afán inextinguible que siente el corazón humano. En este instante siento que Dios me llama a Sí, voy a morir, y ya ves cuán serenamente espero el momento terrible. Adiós, joven; yo te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Apenas hubo acabado estas palabras, una dulcísima muerte, sin sufrimiento, le arrebató la existencia.

Sakia enterró al muerto, llevándose como reliquia el báculo en que se apoyaba. Buscó a otro sacerdote que le bautizara, y, ya cristiano, volvió a su país, donde con su ejemplo convirtió a la verdadera fe a muchas personas. La mortal tristeza desapareció de su semblante y de su alma, siendo reemplazada por una íntima alegría que le hacía muy feliz.

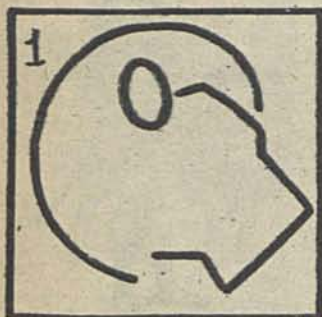
Cuando heredó el trono fué modelo de reyes, y en vez del cetro de oro y brillantes llevaba el báculo del santo ermitaño, que le recordaba de continuo sus consejos.

FIN



PARA PASAR EL RATO

TODOS DIBUJANTES



Dibujar un león es sencillísimo sobre todo teniendo un modelo que se está tan quieto como el que os presento.

Por lo tanto, es inútil poner pretextos para negarse a dibujarlo, lo que hay que hacer es coger inmediatamente un lápiz y un papel y con febril impaciencia ponerse a trazar la simpática faz del rey de la selva.

MI AMIGO DOMINGO

(CUENTO)

Mi amigo Domingo era un chico muy amable y simpático.

En la escuela era siempre el primero y coleccionando fotografías no había quien le echase la pata.

Sus calcomanías eran siempre las más perfectas y tenía la mejor letra de treinta leguas a la redonda.

Además, era lector del «Pinocho», es decir, que era un dechado de perfecciones...

Pero tenía un defecto.

Un defecto grandísimo. Le gustaba la salsa a la mayonesa con delirio.

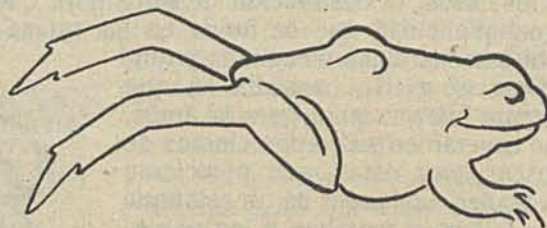
Cuando la cocinera se descuidaba y él pescaba una fuente de la citada salsa se comía su contenido a puñados.

Afortunadamente Dios le castigó y gracias a este castigo se vió libre de tan abominable vicio.

Si queréis saber en qué consistió el castigo no tenéis nada más que dar la vuelta al dibujo adjunto y al punto aparecerá, mi amigo Domingo convertido en una fuente de salsa a la mayonesa.



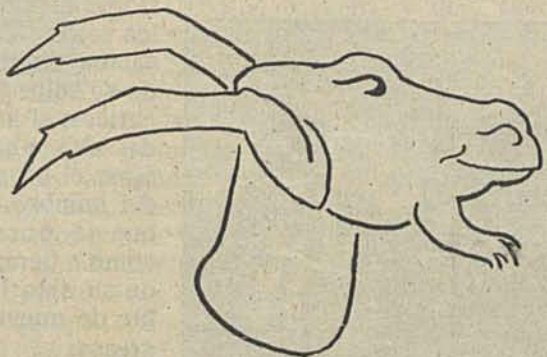
METAMÓRFOSIS



Aquí tenéis una rana, alegre y pizpireta, tomando un baño de sol al que las ranas son muy aficionadas.

Miradla que contenta está de sentir sobre su piel la tibia caricia del padre Febo.

Hasta parece que quiere sonreír.



Sin embargo, si la añadís una línea debajo de la cabeza y engrosáis un trazo del lomo, veréis como la rana, alegre y pizpireta se convierte en un chivo formal y pensativo, de largas barbas y exagerada cornamenta.

ANITA BUEN- CORAZÓN



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un tribunal.—S. Colmenero



Un viejo
J. Ordoqui



Hermanas.—M.^a Pilar García



Explorador
F. Siegrist



El faro de mi pueblo
Ramón Varela



Un borracho
A. San Miguel



Un remolcador
Jesús Varela



Boxeo.—R. Melero



Una princesa
Purita Hergueta



Mi caballo
Pepita de Medel



Chufita y Pericuelo
Ricardo de Zavala



Currinche
Enrique Meneses



Arturo Pulido.—Casa de campo



Greta Garbo
Maria Sesma



Farola
Amparo



Chonón
J. J. Walthron



El cocinero
M. Cordero



El Cid Campeador
J. A. Odriozola



Mi barco
Araceli Medel



Mi gatito.—Concha Comas



Carnaval
Fina Aznar



Caballo
José M.^a Montes



Don Turulato
A. B. Fernández



Futbol
Luis Borrás Vidal



En el campo
Ramón Andrada



Meandragra
Julia Dondoy



Una bruja
Mary Díaz



Carabela
Ramón Varela



Un hombre satisfecho
A. S. Miguel



Una máscara
María Sesma



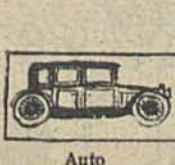
Mantobras navales.—E. Torra



Anita
Carlos Alegre



Paisaje.—Angel Prieto



Auto
Ramiro García

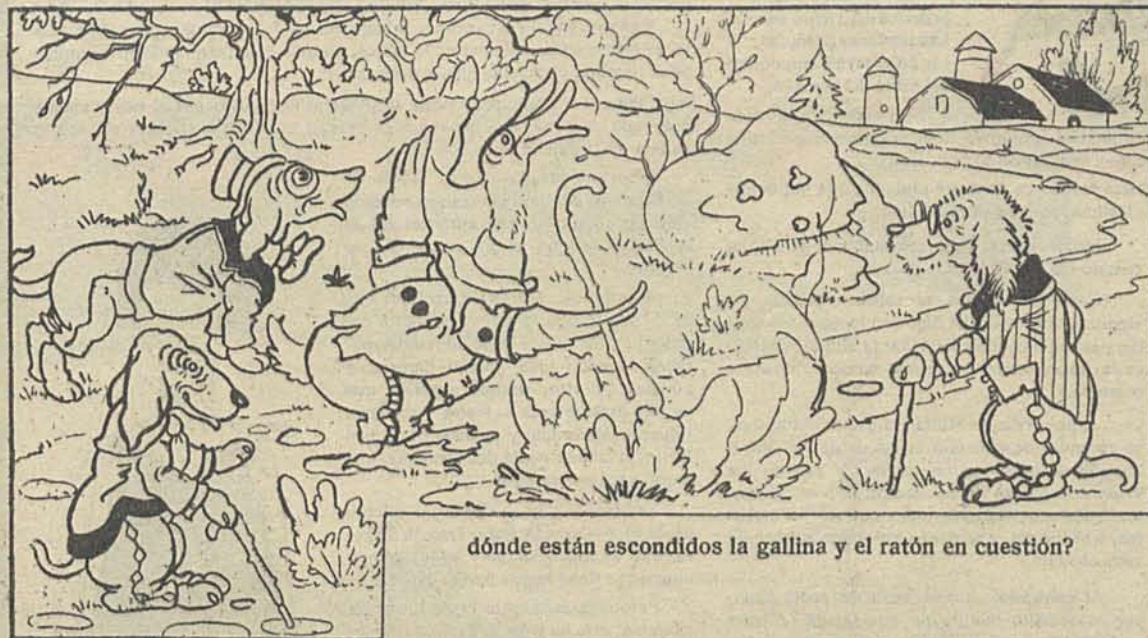


Un toro
Ignacio Ordoqui

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LA GALLINA Y EL RATON



dónde están escondidos la gallina y el ratón en cuestión?

Una gallina distraía sus ocios en un ameno prado cuando se encontró con un ratón.

Comenzaron a conversar pero tuvieron que esconderse rápidamente porque a un paso salían con inusitado estruendo tres perros y un pato.

¿Sabéis vosotros

Ramírez era uno de los «tontos» de circo más alegres que registra la historia.

Su risa franca y cantarina era su principal encanto y oyéndole se le hacía a uno la boca agua.

Entre los diversos trucos que usaba Ramírez, uno era el de los trucos.

¿Sabéis en qué consistía?

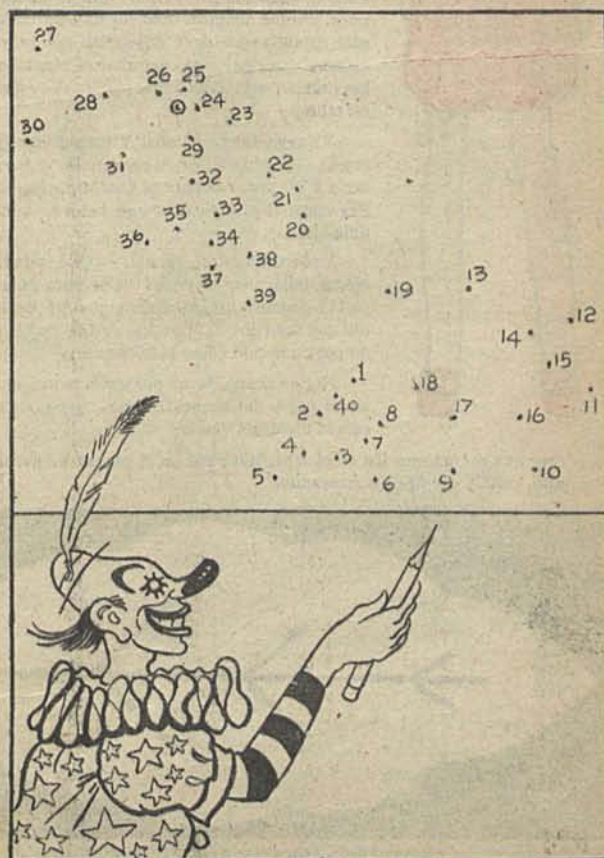
Metía la mano en una caja llena de números y sacaba un puñado de éstos.

Este puñado lo lanzaba contra una pizarra donde los números quedaban pegados como por arte de birlibirloque.

Después unía los números con líneas empezando en el 1 y siguiendo el orden correspondiente y ante los ojos de los espectadores aparecían cosas maravillosas.

¡Coged un lápiz e imitad a Ramírez!

EL ALEGRE RAMIREZ



SECCIÓN PIRULIA

Charlas de Pirul... bordadora

HOJAS del ÁRBOL, BORDADAS

Hojas del árbol caídas.
Juguetes del viento son.
Las ilusiones perdidas
son hojas ¡ay! desprendidas
del árbol del corazón.

Estos versos no los digo
yo, que los dice Milita y antes que ella los dijera (mucho antes) los escribió
un poeta que vivía hace un siglo y se llamaba Espronceda.

Si aquel señor no los hubiera escrito es bastante probable que Milita hoy
no los pudiera recitar; y sería lástima, pues ¡recita tan bien!

Recitar es la gran especialidad de Milita;
cuando era así de chiquitina...

(Como no me veis, no sabéis la altura que
significa este «así» que digo con la mano extendi-
da; pero ya os podéis imaginar la altura que indi-
ca la mano extendida de una muñeca de cartón
como yo.)

... pues cuando Milita era así de chiquitina,
se aprendió de memoria la fábula de «Micifuz y
Zapirón se comieron un capón». Y cuando iba
visita a casa, no creáis que Milita era de esas
tontuelas a quienes les piden que reciten o can-
ten, y se niegan, y se ponen coloradas y bajan la
vista al suelo.

¡Al contrario! ¡A ella nadie le pedía nada,
por el sencillo motivo de que mamá le tenía
prohibido que apareciera. Pero ella se escapaba,
cual diablillo de azogue, de las manos de la
niñera, asomaba su naricita (la asomaba muy
poco, porque siempre tuvo Milita una microscó-
pica chufilla en lugar de nariz) por la puerta
entreabierta de la sala, entraba, se plantaba ante
las visitas y declaraba muy resuelta «Voy a recitar
mi fábula.»

Y ¡vaya si la recitaba! Y tenía tanta gracia,
cuando preguntaba «¿Lo comieron?» y movía el
dedo tan graciosamente al concluir «¡No, señor!
Era caso de conciencia» que todo el mundo la
aplaudía.

Y decían «¡Qué mona!» «¡Qué salada!» y
mamá, halagada, no tenía valor para enfadarse
con la pequeña desobediente, porque compren-
día que aquellos elogios los decían de verdad, y
no por cumplido como es costumbre.

Ni por cumplido ni por otros motivos, como
aquel negro del ferrocarril que... ¿pero no cono-
céis la historia? Veréis:

Érase una señora que iba en el tren, llevando en el regazo un nene muy
blanquito, rubito, gordito y sonrosadito.

Enfrente de la señora iba un señor negro que no le quitaba ojo al nene y
exclamaba: «¡Qué niño más hermoso! ¡Qué gordito está! ¡Qué rico!»

Hasta que la señora, encantada con estos elogios, preguntó: «¿Le gustan a
usted mucho los niños?» «¡Que si me gustan!—exclamó el negro—. ¡Con
locura! Me gustan sobre todo, asados y con una hojita de perejil en la boca.»

Y es que aquel negro era un salvaje antropófago de esos que se comen a
las personas, como su nombre lo indica, ya que en griego «anthropos» quiere
decir hombre, y «fageln» quiere decir comer.

Figuraos el susto que pasaría la pobre señora al ver que el negro estaba
pensando en comerse a su chico, ni más ni menos que si fuera el coco, y
aunque no durmiera poco.

Pero nos hemos alejado mucho de
mi Pirulinda Milita; la dejamos recitando
«Micifuz y Zapirón» y de entonces acá ha
crecido tanto que ya no recita fábulas
infantiles.

Ahora recita trozos de un libro que
se llama «Platero y yo» y que está es-
crito por un poeta español contempo-
ráneo llamado Juan Ramón Jiménez; y
poemas de otro escritor español, que
escribe dramas para el teatro y se llama
Eduardo Marquina; y poemas de Ruben
Dario, el famoso poeta de Nicaragua, que
murió hace quince años.

También recita cosas de un célebre
poeta indio llamado Rabindranath Tago-
re, que es un señor muy viejo, y muy
bueno que tiene largas barbas blancas.

Pero aun cuando le guste literatura
moderna, esto no la impide recitar a veces
cosas del siglo pasado, como aquello de
las «hojas del árbol caídas».

Precisamente ha sido esto de las
hojas lo que me ha inspirado el nuevo
dibujo de labor que hoy os presento, y
que es de hojas, aunque no se hayan
caído de ningún árbol, naturalmente.

Estas hojas son un buen pretexto
para hacer festón que ahora está tan de
moda. Porque las orillas son de anchas
ondas festoneadas; en cambio, el centro
se puede hacer sencillamente a pinto de
cadeneta o de cordón, a voluntad.

Estas dos hojas suponen un precioso
adorno para un vestido; pueden bordarse
en piqué o en *toile* de hilo y completar
así un cuello igual que juega fácilmente
con cualquier traje.

Y también pueden convertirse en dos
graciosas orejitas, que, rematando las
hombrecas de un vaporoso vestido de
vuela o de organdí, parecen dispuestas a volar, y a ser, lo mismo que las hojas
que caen del árbol, «juguetes del viento».

